



CAPITULO III

Miramar

A las once en punto, después de tomar un insignificante refrigerio, subimos á los coches que ya nos aguardaban. El aire estaba cargado de emanaciones salinas; el cielo era diáfano y puro; el mar en calma, apenas remugaba al deshacerse en copos de espuma contra los ijares de las dos esfinges marmóreas que adornaban la roca negruzca que se extendía en un gran trecho de la playa; el sol brillaba en el cielo y calentaba los cuerpos un picorcillo que hacía en la epidermis el efecto que hacen en la mucosa del paladar las burbujas del champaña...

El carruaje empezó á ascender por una ligera rampa hecha en el granito blanco y duro, vetado á trechos de venas que parecían de plata y de diamantes; á poco bajamos del coche y empezamos á subir una escalera de már-

y contestó con una reverencia muy urbana á la profundísima que yo le hice, diciéndome en español muy bien construído, pero con pronunciadísimo acento alemán:

— Sea usted bien venida, señora, y Dios la guarde. Llega usted á su casa, porque es usted amiga de mis amigos; aquí no hay Archiduque, ni enviados políticos, ni futuro rey, ni futuros súbditos, sino el dueño de un castillo que recibe á sus huéspedes.

Luego abrazó á todos los amigos con el abrazo mexicano, y encendiendo un cigarro pestífero que sacó de una petaca, empezó á charlar de cosas indiferentes.

Maximiliano era alto, casi podía decirse que gigantesco; el rostro era blanquísimo, con una ligera palidez que le comunicaba mucha gracia; los ojos eran azules, con ese fondo claro que es propio de los niños y que constituye quizás la muestra de su candidez; la frente era amplia y bien modelada; la cabeza tenía poco pelo, y aunque el efecto que causaba el Príncipe era de una excesiva nimiedad en su peinado, se comprendía que aquel cuidado excesivo dependía de la necesidad de tapar las brechas de la calvicie. La barba era grande, rubia, tirando un poco á roja como el cabello; estaba partida en dos, y Maximiliano se la apartaba del rostro con una mano blanca, torneada y fina. La boca y los dientes era lo único que afeaba aquel semblante varonil y grave: éstos eran desiguales y llenos de manchas cafés y aquella grande, an-

cha y con el labio inferior colgante, á estilo de la casa de Austria.

El Príncipe, que había reanudado con Aguilar alguna conversación interrumpida el día anterior, siguió hablando con brío; pero ora fuera efecto de su nerviosidad, ora su hábito de andar por los puentes de los navíos, se levantó, empezando á pasearse por la habitación febril y desatentadamente: entonces noté que usaba pantalones grises con trabillas, y que los pies, calzados con unos horribles chanclos de dibujo chillón y estrepitoso, eran grandes y echados hacia fuera, aunque no se notaban esas cosas porque las opacaban la gracia soberana y la elegancia innata del joven Archiduque. Por último, aunque Maximiliano tenía treinta y dos años cumplidos, representaba mucho menos.

— No me diréis, mi querido Aguilar, exclamó en una ocasión, que nosotros no debemos temer los avances de los Estados Unidos... Recordad que el nuevo imperio, nuestra patria, estará situado entre puros países de gobierno republicano y que éstos no han de ver con buenos ojos el establecimiento de una monarquía en México... Mas ¿qué importa? Sabed una vez por todas que, mientras yo viva ó esté al frente de los destinos de México un sucesor mío, no consentiremos en que la nación se menoscabe un ápice.

Hidalgo había estado picoteando con el condesito de Bombelles, y como uno de ellos lanzara una carcajada,

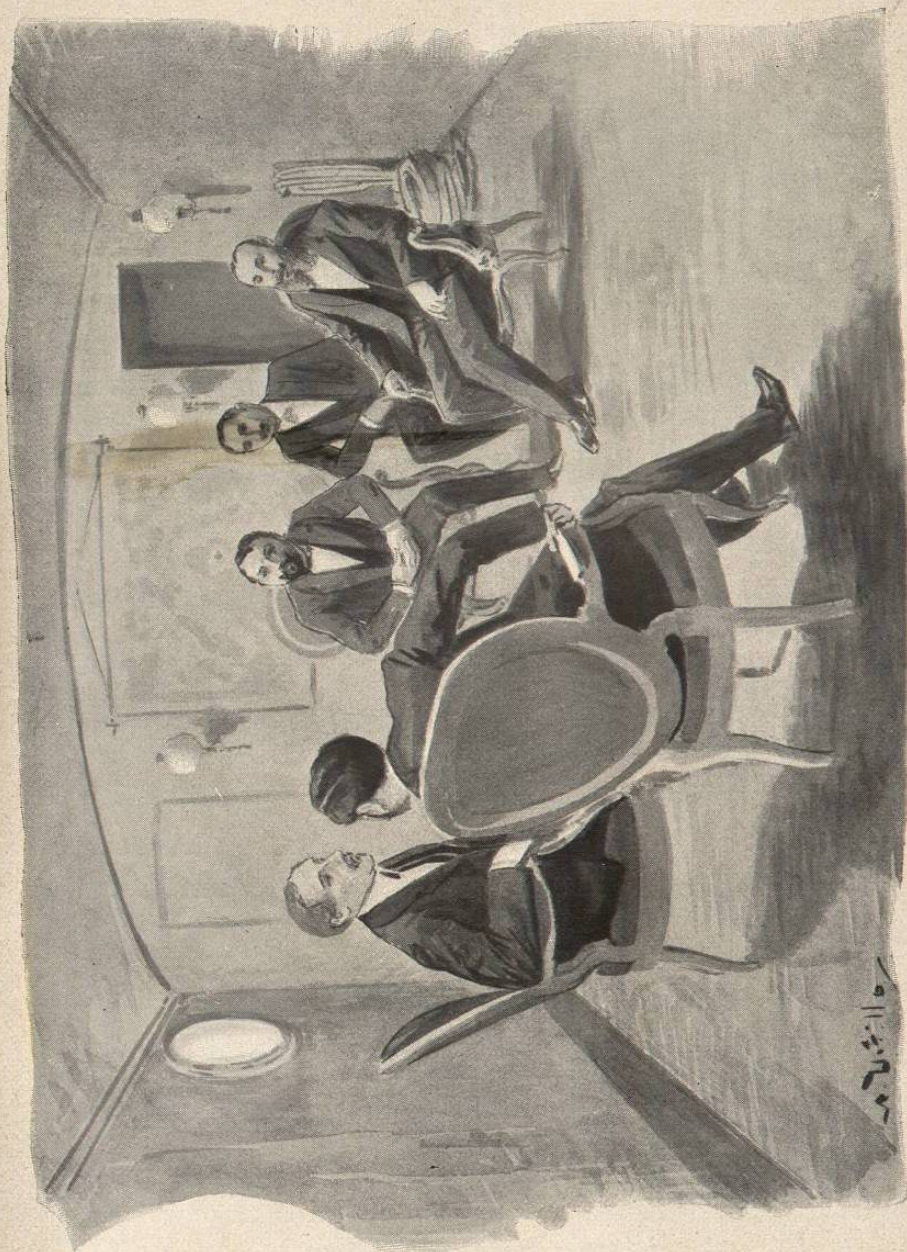
Maximiliano se volvió de aquella parte con el semblante risueño y animado.

— ¿Qué decíais, Bombelles, qué contabais, mi querido Hidalgo?

Hidalgo refirió entonces el caso de una dama de la corte de Napoleón III, la condesa de Gortschakoff, que había inventado un banquillo para poder ir en coche sin que se la ajara el traje, ni se le descompusiera la crinolina. «Y es lo peor, continuó Hidalgo, que el criado que acompaña á la princesa, tiene obligación de acomodar y retirar el banco, que ocupa el lugar de los otros asientos del coche...»

Rió Maximiliano con risa sana y sencilla, y luego, como si el cuentecillo no le hubiera distraído, continuó su conversación con Aguilar.

— Hay que fortificarnos, hay que prevenirnos, hay que ser astutos; ya lo sabéis: *prudentes sicut serpentes*... Tenemos que continuar nuestra propaganda monarquista, tenemos que convertir á mucha gente á los buenos principios. Si es cierto lo que nos decís, tras de México seguirán Colombia y Venezuela, Guatemala de seguro se nos adherirá y no tardaremos en saber que otras repúblicas del Sur piden también ingresar á la federación de Estados que se formarán bajo la égida del nieto de Carlos V, que va á procurar que las cosas de los viejos dominios de sus antepasados, vuelvan á su cauce...



— ¿Qué decíais, Bombelles, qué contabais, mi querido Hidalgo?

Por extraño que se crea, tales frases, lejos de parecerme objeto de risa, se me figuraban lo más natural del mundo; aquel príncipe joven, gallardo, bello y descendiente del gran Emperador; aquella estancia transformada en cámara de buque de guerra, de modo que no faltaban en ella ni el cordaje, ni los instrumentos, ni los cañones, cuyas bocas estaban simuladas con las ventanas que daban al mar; el escenario, todo, en fin, hacían aparecer las palabras del Príncipe como lo más sencillo y natural que se podría imaginar.

— Nosotros vamos á trabajar, señores, dijo el Archiduque cogiendo del brazo á Aguilar y á Gutiérrez; entreteneos mientras tanto viendo lo que el castillo contenga de mejor. Vos acompañaréis á la señora Jecker, mi querido Hidalgo.

Pepe, gran conocedor de todos los rincones de Miramar, me mostró cuanto había que ver desde la cueva hasta el desván, lo mismo el gran salón que el comedor con su chimenea, en la que podía asarse un par de bueyes, que la biblioteca en que se encontraban al lado de las ediciones más bellas de los clásicos latinos, las ediciones de las obras de Alamán, Munguía y Cuevas hechas por Lara. Al llegar á un gran cierre de cristales, Pepe me dijo:

— Pasemos de prisa, que aquí se queda por las mañanas la señora Archiduquesa para entregarse á sus trabajos de pintura y escultura: es una gran artista.

Trepando á la gran torre del centro que se mojaba los pies en el mar, mientras en la cima se envolvía en las nubes, permanecí largo espacio contemplando aquella extensión azulada, aquel mar en bonanza, aquellas colinas cuya vista parecería monótona á causa de la enorme cantidad de verdura que las tapiza, si no estuvieran atravesadas por oscuras gargantas que parecen cicatrices de las heridas hechas por la espada de un Roldán moribundo.

Habría durado allí horas y más horas si Pepe, sacando la muestra, no me hubiera insinuado suavemente:

— Las doce, señora; es la hora del almuerzo de SS. AA.

Las doce eran, en efecto, y al bajar nos encontramos á los hombres de Estado entretenidos en alegre charla. Aguilar y Gutiérrez refutaban las opiniones que de México y de los mexicanos tenía el Archiduque, quien, según parece, las había sacado de los numerosos libros que sobre el país han escrito extranjeros superficiales ó malintencionados (así lo afirmaban Gutiérrez y Aguilar, pues yo ninguno de esos librotos he leído, por favor de Dios).

— ¿Es cierto, mi caro Gutiérrez, que las mexicanas tienen el pie muy pequeño?

— Cierto es, pues quizás por la mezcla de las razas ó quizás por haberse conservado allá el genuino tipo andaluz, no existen en el mundo, según creo, mujeres de pie más breve que mis paisanas.

— Y bien debéis de saberlo vos, que tenéis cara de haber sido un conquistador furibundo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFUNSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡Señor, por Dios! reflexione V. A. que á mis años...

— No, no á vuestros años de ahora, sino á los veinti-

cinco ó á los treinta, creo que debéis de haber sido un don Juan...

— Psé, señor, cualquier cosa...

— ¿O pretendéis hacernos creer que os habéis pasado los años preparando y escribiendo cartas á los presidentes de la República...? Mas me olvidaba, perdonadme: ¿es verdad que las mexicanas tienen el pie muy pequeño, pero que tienen más pequeños los zapatos que se ponen?

— Señor...

— Eso lo ha leído V. A., interrumpía Aguilar, en el libraco de la señora Calderón de la Barca.

— En efecto, allí lo vi; pero ¿qué, no es bueno ese libro?

— ¡Detestable, señor, vitando, infame!

— Allí leí también que se promovió cierta vez una terrible cuestión de gabinete á causa de que la mujer del ministro español pretendía ir á un baile vestida de china poblana...

— En efecto, lo quiso, señor; pero á tiempo quedó convencido su marido, el señor Ministro...

— Me parece mucha mojigatería; si llego á ir por allá, podéis estar seguro de que usaré traje de charro y de que la señora Archiduquesa se vestirá de china... ¿No son esos trajes los populares? ¿No lisonjearíamos grandemente al pueblo vistiendo como él? En sus viajes por Hungría, Croacia, Dalmacia, Iliria y las demás provincias del im-

perio, la Emperatriz, mi cuñada, se endosa los vestidos pintorescos de las campesinas y de las burguesas, y la Archiduquesa seguirá ese ejemplo, que es muy bello y muy oportuno.

— No hagáis jamás tal cosa, señor, que el traje de china lo llevan... ¿cómo lo diré?... gentes... gentes... incorrectas...

— Cuando lo lleve la Archiduquesa será el más honrado y el más bello... ¿Y es cierto que en una ocasión unos caminantes cogieron á un capitán de ladrones, lo entregaron, á falta de fuerza pública, al convento inmediato, y que resultó que el facineroso era nada menos que el guardián del convento?

— ¡Jesús, María y José! ¡Qué horrores han contado á V. A.!

— No, no me lo contaron; lo leí en Lowernstein...

— Aléjese V. A. de esas lecturas...

— Sí, ya comprendía que ese luterano no había de tener razón; quien sí debe estar en lo justo es un reverendo fraile franciscano que dice que los monjes de Nueva España llevaban telas riquísimas y encajes de precio, bajo los hábitos de estameña burda.

— ¡Señor, por Dios!...

— ... Y que para dejar intacto el voto de no tocar dinero acuñado, habían inventado unas palas con que echaban el oro y la plata sobre el hábito...